

Judíos viejos y "paisas" nuevos

JOSE ANTONIO ABELLA

NOS vos decimos que nin por conseio nin por noso alvedrío vernemos en consentimiento de la sua morte...» escribían los españoles judíos del siglo I a los rabinos de Jerusalén en relación a la crucifixión, «*deste ome que diz ques omilloso e manso...*». Ciertamente, como reconocen los historiadores más prestigiosos, la falsedad de esta carta es evidente: fue escrita en el siglo XV y su intención, bastante clara, no sería otra que absolver a las comunidades judías de Sefarad de toda culpa en la muerte del Mesías. Esta artimaña histórica, vista desde la lejanía de nuestro tiempo, resulta verdaderamente patética. Y si ahora hago uso de ella, en el inicio de la Semana Santa, es para mostrar hasta qué punto debía de incidir en la vida cotidiana de aquellos otros españoles el clima de intolerancia religiosa que todavía, tantos siglos después, hemos mamado quienes aprendimos en la escuela aquello de las *conspiraciones judeo-masónicas...*

Habría notado el lector perspicaz que al hablar de españoles judíos he invertido, contra el modo habitual, los papeles de sustantivo y adjetivo que suele darse a tales palabras. Ese me parece el orden correcto de los

términos y con ello volvemos a la carta inicial: falsa como he dicho, pero con el convencimiento de que de cualquier mentira se pueden extraer varias verdades. Y la segunda verdad que de ella extraigo, para justificar que no es gratuito ese orden sintáctico, es que la presencia hebrea en la Península Ibérica, como corroboran hallazgos arqueológicos tan fiables como la placa sepulcral hallada en Abdera, se remonta al primer siglo de la era cristiana, cuando la *unidad de destino en lo universal* sólo figuraba en los sueños del Imperio Romano, pero no desde luego en el de los pobladores celtibéricos que hicieron frente a tales sueños.

No figura entre mis intenciones la delectación enfermiza en el historicismo y, si me apoyo sobre piedras o legajos enmohecidos, es tan sólo para dar un salto en el tiempo e intentar descubrir lo poco que han cambiado en estos veinte siglos de historia algunos de los móviles y determinantes de la conducta humana, entre los que el rechazo al diferente sigue siendo el pan nuestro de cada día, con independencia de la cualidad de esa diferencia. Por un lado, se rechaza al más débil, haciendo de tal conducta pedestal de la propia vanagloria.

Del otro extremo, se rechaza al que se envidia, al que sobresale de la vulgaridad cotidiana. Y entre ambos, se rechaza siempre al que se teme, a aquel cuya diferencia es vivenciada como un peligro para el equilibrio inestable de nuestras aquiescencias tribales.

Acaso sólo sea una coincidencia que, tras el viaje de nuestra primera autoridad a Israel, el Ayuntamiento en pleno haya decidido adherirse a uno de los muchos manifiestos contra el racismo y la xenofobia. Pero no deberíamos olvidar que en la España de aquí y ahora son otras las dianas del rechazo social. Y una de las más tristes es la de los magrebíes que cruzan el Estrecho en busca del escaparate de premios con el que las ondas televisivas siembran en los campos baldíos del norte de África la cizaña de una felicidad engañosa y vergonzante.

«¡Eh, tú, *paisaj*!», le gritaban a un árabe recientemente. «Yo no me llamo *paisa* -respondía éste con educación y dignidad-, en mi país tengo un nombre...». No deberíamos olvidar que es precisamente el nombre lo que marca la diferencia personal dentro de la semejanza colectiva, lo que en cierto modo humaniza a cada persona, al margen de la vida inhu-

mana que la mayor parte de nuestro mundo debe soportar. Ese nombre que nos individualiza es lo verdaderamente importante, con independencia de que se escriba en árabe, en hebreo, o en *cristiano*.

Estoy convencido de que el respeto a las diferencias ajenas es la mayor garantía del respeto a nosotros mismos, de que todo acercamiento al otro es un acercamiento al yo. Por eso me congratula que esta ciudad tienda lazos de amistad a otras culturas que, como la hebrea, formaron parte sustancial de su propia identidad, esa que hoy no estamos seguros de saber conservar. Pero tampoco estaría de más recordar que, precisamente, en el parque de la Dehesa, recién recuperado, se encontraba el cementerio de unos segovianos de religión mahometana que, acaso no menos que los judíos, tuvieron que soportar el peso de la intolerancia al diferente. O, mejor todavía, recordar que ese *paisa* cuyas alfombras no necesitamos y cuyo nombre no nos importa, además de ser descendiente de una cultura que no tiene nada que envidiar a la nuestra, no es muy distinto de ese familiar o ese vecino que, hace ya algunos años, buscó en Alemania el mendrugo de la subsistencia.